
La omnisciencia de Dios:

Nuestro Dios no tiene necesidad de aprender

Una de las características predominantes de la cultura de los países industrializados a comienzos del tercer milenio d.C., es la importancia que se le da a la educación. Existe una consciencia cada vez mayor, de que uno debe adquirir información para poder vérselas con las complejidades que enfrenta la civilización moderna. Esto explica el entusiasmo actual por el desarrollo de lo que se conoce como la supercarretera de la información.¹ La expansión de los programas de educación continua es un indicio del deseo que tiene la gente, de cultivarse intelectualmente a edades bastante avanzadas.

La naturaleza humana parece caracterizarse por su deseo de conocer. Las actividades de un niño de dos años constituyen una demostración convincente de lo que es la curiosidad en acción. Las preguntas sin tregua de los niños de cinco años han dejado perplejos y frustrados a muchos padres. Es común encontrar profesionales que se han sometido a procesos de aprendizaje de veinte o treinta años de duración, con el fin de aprender más y poder funcionar eficazmente. Este énfasis en el aprendizaje nace de una necesidad de conocer. Se motiva en gran parte por nuestra consciencia de que no sabemos todavía lo que necesitamos y deseamos saber. El esfuerzo continúa porque creemos que podemos aprender. Todo esto nos es bastante familiar. De hecho, los deseos de explorar, descubrir, y obtener logros parecen innatos a la *naturaleza humana*. Esto es normal en

los humanos.

No obstante, nosotros los humanos podemos llegar a estar muy enamorados de nuestra acumulación de conocimiento. La era de la tecnología, con su altamente especializado uso del conocimiento, ha producido muchos beneficios. Recibimos con agrado la ingeniosidad de los logros que se dan a través de la información. ¿Tiene alguna desventaja esta intensa manifestación del progreso humano? ¡Sí que la tiene! Se está propagando una enfermedad muy contagiosa conocida como «seudointelectualismo». Los síntomas de ésta incluyen: insufrible arrogancia, asertividad viciosa y confianza poco realista, acompañada de la absoluta convicción, de que «el hombre es la medida de todas las cosas». Esta postura, de un fenómeno al que se le puede llamar una especie de «divinidad antropocéntrica»,² oculta un defecto potencialmente fatal de la psiquis humana. Aun con todas nuestras nuevas percepciones, la mayoría de nosotros no ha aprendido lo suficiente como para darle cabida al conocimiento de un Dios que nos supera por un margen tan alto, que nuestro nivel intelectual resulta infantil a la par del suyo (1 Corintios 1.18–25).

Un corolario muy estrecho que se deduce de la omnipresencia de Dios, es Su omnisciencia: Dios tiene un conocimiento infinito, universal y completo.³

² *Anthropos* es la palabra griega que se refiere al hombre genérico. La palabra «antropocéntrico», significa que «tiene por centro al hombre». La palabra «divinidad» tiene que ver con lo divino, con la Deidad. El hombre se ha deificado ante Sus ojos al ponerse a sí mismo en el centro de todo.

³ E.H. Jams, *The Reality of God (La realidad de Dios)* (Nashville: Williams, 1978), 12, 120.

¹ Philip Elmer-DeWitt, “Battle for the Soul of the Internet” («Batalla por el alma de la internet»), *Time* 144 (July 1994): 50–55.

Esto se enfatiza en las Escrituras. Cuando les hablaba a sus amigos, Job les dijo: «Porque él mira hasta los fines de la tierra, y ve cuanto hay bajo los cielos» (Job 28.24). El sabio de Proverbios expresó: «Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos» (Proverbios 15.3). Las ramificaciones de la omnisciencia de Dios son muchas. Son muchas las interrogantes que pueden plantearse. Estudiemos algunas a modo de ilustración.

LAS INTERROGANTES QUE PLANTEA

Una de las interrogantes que a menudo se plantea es: «¿Cómo conoce Dios?». Hemos dicho que la omnisciencia y la omnipresencia son corolarios relacionados. ¿Ha oído que alguien le pregunte a un cuentista, cómo sabe lo que está contando? A menudo, la resonante respuesta es: «¡Yo estuve allí!». Es lo mismo con Dios, pero elevado a un nivel infinito. Él sabe, porque Él *está* en todo lugar. No obstante, no se debe concluir que la razón por la cual Dios sabe, sea porque, al igual que el reportero, Él recolecta los datos. Recuerde que estamos tratando la naturaleza de Dios, no la de la humanidad. Es la naturaleza de Dios saber, igual que es Su naturaleza *ser*. Dios no llega a ser; Él ya *es*. Dios no aprende; ya Él *sabe*. La omnipresencia de Dios nos ayuda a entender lógicamente cómo es que Dios sabe.

Otra interrogante que a veces se plantea es: «¿En realidad sabe Dios todas las cosas sin excepción?». La respuesta que uno se siente impulsado a dar es: «Espero que sí, porque si Él no supiera todas las cosas, lo que no supiera podría ser fatal para sí mismo, descalificándolo de Su condición de Dios». Por supuesto que la pregunta requiere una respuesta más prudente. Ésta incluye una consideración de la manera como se usa el término «saber».⁴

Dios se conoce a sí mismo en Su interior —Él está plenamente consciente de sí mismo (1 Juan 1.5). También conoce todo lo que le es externo —es decir, Su creación, incluyendo a los seres humanos (Job 34.21). Esta omnisciencia penetra en la intimidad de nuestro ser. El salmista proclamó que Dios conoce aun nuestros pensamientos (Salmo 139.2). Sí, Dios conoce todas las cosas, sin excepción.

Las interrogantes se han centrado hasta el momento en la manera como Dios sabe y la extensión de lo que sabe. Otra clase de pregunta se

plantea: «¿Sabe Dios lo que hubiera sucedido *si* se hubiera dado una u otra condición?». La clave para darle respuesta a esta interrogante, es recordar que ésta tiene que ver con el futuro. Trata sobre la contingencia, algo que podría alterar el curso de los eventos, algo que no ha sucedido todavía. Esta es una pregunta hecha por seres humanos, que creen que los eventos suceden inesperadamente, que las sorpresas ocurren. No obstante, Dios jamás está sorprendido. Él conoce el resultado de las contingencias, sean pasadas, presentes o futuras. En otras palabras, Él conoce tanto «lo que hubiera sucedido *si* cierta condición se hubiera dado», así como «lo que sucederá *si* esa condición se da». Él incluso sabe cómo serían las cosas si lo teórico llegara a convertirse en realidad (Mateo 11.21–22). Esta es la inevitable consecuencia de Su omnisciencia.

La omnipresencia de Dios es Su simultánea presencia en todo lugar por la eternidad; su omnisciencia es Su simultáneo conocimiento de todas las cosas por la eternidad. Desde el punto de vista humano, decimos que Dios supo todas las cosas, sabe todas las cosas, y sabrá todas las cosas. Este también es lenguaje bíblico, dirigido a nosotros. La perspectiva desde la cual Dios mira las cosas es atemporal y universal. Para Él, el pasado y el futuro son simplemente *ahora*. Su existencia, Su presencia y Su conocimiento se dan simultáneamente en nuestro tiempo y en la eternidad. Todo esto significa que las preguntas sobre lo que Él sabría si se diera tal o cual condición, es una pregunta que se basa en premisas falsas. Son preguntas que surgen de nuestra falta de entendimiento.

LAS DIFICULTADES QUE PLANTEA

Nuestra dificultad con la faceta todosapiente de la naturaleza de Dios, surge por varias razones. 1) Dios y nosotros nos encontramos en dimensiones intelectuales diferentes (Isaías 55.8–9). 2) Dios no es conocido sino hasta que se revela a sí mismo, y Su revelación es selectiva y limitada (Deuteronomio 29.29). 3) Incluso, la revelación que Dios ha dado, aunque suficiente (2 Pedro 1.3), a menudo es difícil de entender (2 Pedro 3.15–16). 4) Estamos sujetos a la dimensión tiempo aquí en la tierra y, por lo tanto, tenemos la tendencia a identificar lo inmediato como la realidad final (Santiago 4.13–16). 5) Lo más importante es que no solamente estamos limitados en nuestro entendimiento; también tenemos el defecto del pecado en nuestras vidas (Romanos 3.23).

Estos obstáculos pueden llevarnos a la desesperanza. Puede que nos sintamos abrumados y

⁴ En este estudio *no* incluimos un tratamiento de la manera como *nosotros* sabemos. Parte del conocimiento que obtenemos se relaciona con la experiencia.

desfallecidos. El primer obstáculo que se nos presenta puede parecernos demasiado difícil de superar. «Si Dios es tan “completamente diferente”, ¿cómo puedo, al menos comenzar a comunicarme con él?». El segundo obstáculo plantea esta pregunta: «Si elijo buscar a Dios, ¿hacia dónde me dirijo si la revelación que Él hace de sí mismo es tan selectiva y tan limitada?». El tercer obstáculo supone otra angustiante pregunta: «¿Cómo podré estar seguro de que lo he hallado en *Su revelación*, si el entendimiento de la revelación misma ha demostrado ser difícil?». El cuarto obstáculo plantea la pregunta práctica que dice: «Si lo inmediato, el ahora, no es la realidad última, ¿cómo podré saber la manera de evaluar y dirigir mis pasos en mi vida diaria?». El último obstáculo plantea un serio problema: «Puesto que soy pecaminoso, ¿sobre qué bases podré tener esperanza alguna? ¿Será posible sobrevivir aquí, esto sin hablar del más allá, delante de un Dios, que siempre está presente y siempre me conoce por dentro y por fuera?». Las anteriores son interrogantes serias. Al igual que las preguntas más importantes, a ellas no se les puede dar respuesta en forma abrupta. No obstante, sí se les *puede* dar respuesta. Nos esforzamos por hallarles respuestas a preguntas de la vida que realmente importan, tales como las anteriores.

Un desafío que se nos presenta al estudiar la omnisciencia de Dios es recordar que Su omnisciencia no equivale a Su voluntad. Esta distinción alivia la tensión que causan algunas de las preguntas planteadas. El hecho de que Dios conozca todo, no significa que sea Su voluntad todo lo que sucede. Las comparaciones humanas con lo divino son limitadas, pero hacemos uso de esta práctica con el fin de ayudarnos a entender.

Dios sabe, con carácter infinito y universal, que los seres humanos adolecen de una discapacidad mucho más grave que la que les podría causar cualquier enfermedad física (Isaías 64.6); pero Él no desea «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3.9). En consecuencia, Él educa (Juan 6.45), advierte (Lucas 12.4–5), y brinda toda la ayuda necesaria para rescatar a los que se pierden (Juan 3.16).

LA EXPLICACIÓN QUE DA

Volvámonos ahora a la consideración de la profecía de las Escrituras. En primer lugar, la Biblia está tan llena de profecía que ella quedaría literalmente diezmada si ésta se le eliminara. La Biblia dejaría de ser racional, coherente y legible. Imagínese una Biblia sin los libros mayores ni los

menores de profecía, sin las extensas profecías diseminadas en los libros históricos, sin el vasto número de enseñanzas y declaraciones proféticas de Jesús, y sin el libro de Apocalipsis. Si estas porciones de la Escritura no se dejaran íntegras, la Biblia no sería la Biblia. ¿Qué se puede inferir de esto? *La Biblia es, en su más amplia dimensión profética, un espejo de la omnisciencia de Dios*. Esto es cierto, aun cuando la profecía no se limita a la predicción. La Biblia no sería verdadera si toda profecía de ella tuviera que ser dejada en suspenso hasta su cumplimiento. Después de todo, se nos informa que el cumplimiento de la profecía es lo que determina la credibilidad de un profeta (Deuteronomio 18.22).

Por supuesto que muchas profecías bíblicas no se han cumplido. Algunas todavía han de cumplirse en la historia; muchas apuntan al final de los tiempos. ¿Cómo es, entonces, que la profecía bíblica ilustra la omnisciencia de Dios? Muchas profecías que fueron pronunciadas en los tiempos bíblicos tuvieron un cumplimiento casi inmediato; otras se cumplieron en un tiempo relativamente corto; y todavía otras se cumplieron después de siglos de espera.⁵

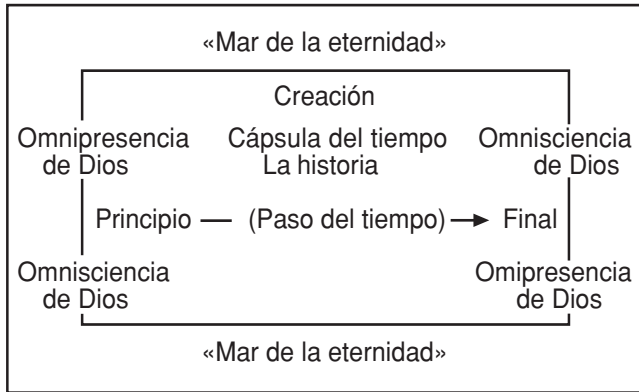
La profecía bíblica cumplida es un excelente ejemplo de aquello a lo que seres humanos limitados por la historia, le llaman la *presciencia* de Dios. El término «presciencia» significa «conocimiento de las cosas futuras», o «saber de antemano lo que va a ocurrir». Esta presciencia es en realidad una reversión del orden «normal» de los eventos. Nuestro conocimiento de un evento se produce *después* de que el evento ha ocurrido. Puede que creamos saber algo de antemano. Puede que tengamos certeza de que cierto evento va a ocurrir. ¿No es bochornoso equivocarse? ¡A veces nos equivocamos, usted sabe a qué me refiero!

Dios no se equivoca. Él conoce en el ámbito de la eternidad lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo, y lo que ocurrirá en la historia (el tiempo). Aquello a lo que nosotros y otros escritores bíblicos llamamos la presciencia de Dios es una descripción finita de su mente infinita (Hechos 2.23; Romanos 11.2a). No podría ser de otra manera. Si Dios hubiera querido que nosotros lo «viéramos» en toda su plenitud y desde Su perspectiva, desde luego que Él podría haber dado tal visión; pero siendo los pecadores que somos, no seríamos los humanos que somos ahora.

El siguiente esquema puede ayudarnos a

⁵ 1 Reyes 11.29–32/12.15, 20; 1 Reyes 21.23; 2 Reyes 9.31–37/2 Reyes 19.20–37; Isaías 40.3/Mateo 3.3; Isaías 42.1–4/Mateo 12.18–21; Joel 2.28–32/Hechos 2.16–21; etc.

entender la omnisciencia de Dios:



El borde externo del diagrama no significa que la eternidad tenga límites. El rectángulo interior representa todo lo que tiene carácter temporal, es

decir lo que está sujeto al tiempo. Todo lo que se menciona en el rectángulo interior tendrá un fin, excepto la presencia de Dios. Él existe simultáneamente en el tiempo y en la eternidad. Cuando el tiempo termine, los salvos y Dios existirán eternamente en la eternidad. Dios, en Su omnipresencia y omnisciencia, «ve» todo el panorama. Para nosotros es difícil, en realidad imposible, «ver» todo el panorama. El gran panorama nos lleva a apreciar la siguiente exclamación de Pablo:

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!... Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén (Romanos 11.33–36). ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
 Todos los derechos reservados